Notas de Elena G. de White

Lección 13
24 de Septiembre de 2011

La adoración en el Apocalipsis

Sábado 17 de septiembre

La verdadera santidad y la humildad son inseparables. Mientras más cerca esté el alma de Dios, más completamente se humillará y someterá. Cuando Job oyó la voz desde el torbellino, exclamó: "Me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:6). Cuando Isaías vio la gloria del Señor, y oyó a los querubines que clamaban: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, exclamó: "¡Ay de mí! que soy muerto" (Isaías 6:3, 5). Cuando fue visitado por el mensajero celestial, Daniel dijo: "Mi fuerza se cambió en desfallecimiento" (Daniel 10:8).

Pablo después de haber sido arrebatado al tercer cielo y haber oído cosas que no es lícito que diga el hombre, habla de sí como el menor "que el más pequeño de todos los santos" (Efesios 3:8). Fue el amado Juan, que se reclinaba sobre el regazo de Jesús, y contemplaba su gloria, quien cayó como muerto ante el ángel. Mientras más íntima y continuamente contemplemos a nuestro Salvador, menos procuraremos aprobarnos a nosotros mismos (***A fin de conocerle*, p. 177**).

Domingo 18 de septiembre:
"Caí a sus pies como muerto"

Cuando a un siervo del Señor se le permite ver, aun en forma velada, la gloria del Dios del cielo y comprende en un mínimo grado la pureza del Santo

de Israel, comenzará a hacer sorprendentes confesiones acerca de la contaminación de su alma más bien que sentirse orgulloso de su santidad...

Siempre nos sorprendemos y hasta nos indignamos cuando un pobre, falible mortal declara: ¡Yo soy santo; soy sin pecado! Nadie que haya visto algo de la grandeza y majestad de Dios puede hablar de esa manera. Por el contrario, los que han tenido esa experiencia se hunden en la más profunda humillación al comparar la pureza de Dios con sus propias imperfecciones en su vida y su carácter. Un solo rayo de la gloria de Dios o de la pureza de Cristo que penetra en el alma, hace cada mancha dolorosamente visible y desnuda cada deformidad y defecto del carácter humano. ¿Cómo puede alguien que se confronta con la ley divina, que penetra hasta revelar los malos motivos y deseos, la infidelidad del corazón y la impureza de los labios, jactarse de santidad? Por el contrario, sus actos de deslealtad son expuestos a su vista, su espíritu es impresionado y afligido por el Espíritu de Dios, y se humilla a sí mismo al ver la grandeza, la majestad y la pureza del carácter inmaculado de Cristo.

Cuando el Espíritu de Cristo conmueve el corazón con su maravilloso poder de convicción, se despierta un sentimiento de deficiencia que lleva a la contrición de la mente y del espíritu más bien que a la jactancia... El alma que es tocada por él, nunca se envolverá en su propia justicia o en un manto de santidad. Por el contrario, odiará haber sido tan egoísta y tan orgullosa y buscará, mediante la justicia de Cristo, adquirir la pureza que está en armonía con la ley de Dios y reflejar el carácter de Cristo, la esperanza de gloria.

Al comprender el gran misterio de la piedad que hizo posible el gran sacrificio para redimirlo, el pecador exclamará con labios temblorosos: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí. Se hizo pobre, para que por su pobreza yo fuera enriquecido. Derramó su inextinguible amor redentor para que mi corazón sea emblanquecido y pueda volver a ser leal y obediente a sus mandamientos. Su condescendencia, humillación y crucifixión son la corona de su maravillosa y milagrosa exhibición del plan de salvación. Que el justo muera por el injusto y el puro muera por el impuro está más allá de la comprensión del amor humano; y todo lo hizo para que pudiera impartirme su propia justicia y para darme el poder para guardar su ley que antes transgredía. Por eso lo adoro; por eso quiero proclamarlo ante todos los pecadores y decir: 'He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo'" (***Review and Herald*, 16 de octubre, 1888**).

Lunes 19 de septiembre:
Santo, Santo, Santo...

Los serafines que rodean el trono están tan embargados de reverente temor al contemplar la gloria de Dios, que ni por un instante se miran a sí mismos con admiración. Sus loores son para Jehová de los ejércitos. Al penetrar su mirada en el futuro, cuando toda la tierra estará llena de su gloria, el canto triunfal repercute del uno al otro en melodiosos acentos: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos". Están plenamente satisfechos con glorificar a Dios; morando en su presencia, bajo su sonrisa de aprobación, no desean otra cosa. Con llevar su imagen, hacer su mandato, adorarle, se cumple su ambición más elevada (***Obreros evangélicos*, pp. 21, 22**).

El universo entero contempló el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto a que tiene derecho, y es exaltado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombra. A fin de alcanzar el gozo que le fuera propuesto —el de llevar a muchos hijos a la gloria— sufrió la cruz y menospreció la vergüenza. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y el oprobio, mayores aun son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados a su propia imagen, cuyos corazones llevan el sello perfecto de lo divino y cuyos rostros reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en ellos el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas de los justos y de los impíos, exclama: "¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por éstos sufrí, por éstos morí, para que pudiesen permanecer en mi presencia a través de las edades eternas". Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: "¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!" (Apocalipsis 5:12, V.M.) (***¡Maranata: El Señor viene!*, p. 344**).

Martes 20 de septiembre:
Apocalipsis 13

El culto de las imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artificios de Satanás para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su ruina, se esfuerza en distraer su atención del único que puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia

cualquier objeto que pueda substituir a Aquel que dijo: "¡Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!" (Mateo 11:28, V.M.).

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias que tendrá la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de obligación para con la ley divina y dan a los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace aceptar falsas ideas acerca de Dios, de suerte que le miran con temor y odio más bien que con amor. Atribuye al Creador la crueldad inherente a su propio carácter, la incorpora en sistemas religiosos y le da expresión en diversas formas de culto. Sucede así que las inteligencias de los hombres son cegadas y Satanás se vale de ellos como de sus agentes para hacer la guerra a Dios. Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y perpetráronse horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría (***El conflicto de los siglos,*** **p. 625**).

Durante los siglos que precedieron el diluvio, tuvieron éxito los esfuerzos de Satanás para que prevaleciera en todo el mundo la rebelión contra Dios. Ni siquiera las lecciones del diluvio fueron recordadas mucho tiempo. Con arteras insinuaciones y paso a paso, Satanás volvió a inducir a los hombres a una rebelión abierta. Nuevamente parecía estar a punto de triunfar; pero el propósito de Dios para el hombre caído no debía ser puesto así a un lado. Mediante la posteridad del fiel Abraham, del linaje de Sem, se conservaría para las generaciones futuras un conocimiento de los designios benéficos de Jehová. De cuando en cuando Dios levantaría mensajeros de la verdad para recordar el significado de los sacrificios ceremoniales, y especialmente la promesa de Jehová concerniente al advenimiento de Aquel a quien señalaban todos los ritos del sistema de sacrificios. Así se preservaría al mundo de la apostasía universal.

El propósito divino no se cumplió sin arrostrar la oposición más resuelta. De todas las maneras que pudo, el enemigo de la verdad y de la justicia obró para inducir a los descendientes de Abraham a olvidar su alta y santa vocación y a desviarse hacia el culto de los dioses falsos. Y con frecuencia sus esfuerzos triunfaron excesivamente. Durante siglos, antes del primer advenimiento de Cristo, las tinieblas cubrieron la tierra y densa obscuridad los pueblos. Satanás arrojaba su sombra infernal sobre la senda de los hom-

bres, a fin de impedirles que adquiriesen un conocimiento de Dios y del mundo futuro. Multitudes moraban en sombra de muerte. Su única esperanza consistía en que se disipase esta lobreguez, para que Dios pudiese ser revelado (***Profetas y reyes*, pp. 506, 507**).

El ser humano tiene fuertes pasiones que necesitan estar bajo el control de Dios. ¿Quiénes desean ser participantes con Cristo en su obra? Satanás trabaja con diligencia para ganar su batalla por la supremacía, y el obrero cristiano, unido con su Maestro, debe ejercer una influencia^ que sea positiva para impedir el poder satánico sobre las almas. El Señor necesita obreros fieles que alcancen a los hombres y las mujeres donde están y los eduquen y entrenen para que, como pecadores arrepentidos, miren a Cristo y vivan. Pero todos deben recordar que nadie llega a ser virtuoso, puro y santo sin esforzarse para alcanzarlo (***The Home Missionary*, 1º de noviembre, 1897**).

La substitución de los mandamientos de Dios por los preceptos de los hombres no ha cesado. Aun entre los cristianos, se encuentran instituciones y costumbres que no tienen mejor fundamento que la tradición de los padres. Tales instituciones, al descansar sobre la sola autoridad humana, han suplantado a las de creación divina. Los hombres se aferran a sus tradiciones, reverencian sus costumbres y alimentan odio contra aquellos que tratan de mostrarles su error. En esta época, cuando se nos pide que llamemos la atención a los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, vemos la misma enemistad que se manifestó en los días de Cristo. Acerca del último pueblo de Dios, está escrito: "El dragón fije airado contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo" (***El Deseado de todas las gentes*, pp. 363, 364**).

Miércoles 21 de septiembre:
Apocalipsis 14

Hay un día que pronto ha de amanecer en que los misterios de Dios serán comprendidos, y todos sus caminos vindicados; cuando la justicia, la misericordia y el amor serán los atributos de su trono. Cuando la guerra terrenal haya terminado, y los santos estén todos reunidos en el hogar, nuestro primer tema será el cántico de Moisés, el siervo de Dios. El segundo tema será el cántico del Cordero, el cántico de gracia y redención. Este canto será más alto, y se entonará en estrofas más sublimes, resonando por los atrios celes-

tiales. Así se canta el cántico de la providencia de Dios, que relaciona las variadas dispensaciones; porque todo se ve ahora sin que haya un velo entre lo legal, lo profético y el evangelio. La historia de la iglesia en la tierra y la iglesia redimida en el cielo tienen su centro en la cruz del Calvario. Este es el tema, este es el canto —Cristo el todo y en todo— en antífonas y alabanzas que resuenan por los cielos entonadas por millares y por diez mil veces diez mil, y una innumerable compañía de la hueste de los redimidos. Todos se unen en este cántico de Moisés y del Cordero. Es un cántico nuevo, porque nunca antes se ha entonado en el cielo (***Testimonios para los ministros,* p. 440**).

La enemistad de Satanás contra Cristo se ensañó con los discípulos del Salvador. En toda la historia puede echarse de ver el mismo odio a los principios de la ley de Dios, la misma política de engaño, mediante la cual se hace aparecer el error como si fuese la verdad, se hace que las leyes humanas substituyan las leyes de Dios, y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para dar a los hombres un concepto falso del Creador y hacer que lo consideren con temor y odio más bien que con amor; sus esfuerzos para suprimir la ley de Dios, y hacer creer al pueblo que no está sujeto a las exigencias de ella; sus engaños, han seguido con rigor implacable. Se pueden ver en la historia de los patriarcas, de los profetas y apóstoles, de los mártires y reformadores (***Mente, carácter y personalidad,* tomo 2, pp. 543, 544**).

El gran apóstata logró éxito al exaltarse a sí mismo "contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto" (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la ley divina que en forma inconfundible señala a toda la humanidad al Dios verdadero y viviente. En el cuarto mandamiento el Señor se presenta como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto como distinto de todos los dioses falsos. El séptimo día fue santificado para que fuera un día de reposo para el hombre, como un monumento de la obra de la creación. Se lo instituyó para que mantuviera al Dios viviente siempre delante de las mentes como la fuente de todo ser y objeto de reverencia y culto. Satanás trató de desviar a los hombres para que no manifestaran lealtad a Dios ni rindieran obediencia a su ley; por lo tanto dirigió sus esfuerzos especialmente contra ese mandamiento que señala a Dios como Creador (***La historia de la redención,* pp. 346, 347**).

El cuarto mandamiento, que Roma ha tratado de poner a un lado, es el único precepto del Decálogo que señala a Dios como Creador de los cielos y la tierra, y por lo tanto distingue al verdadero Dios de los dioses falsos. El sábado fue instituido para conmemorar la obra de la Creación, y dirigir las mentes de los hombres al Dios vivo y verdadero. Su poder creador se menciona a lo largo de las Escrituras como prueba de que el Dios de Israel es superior a las deidades paganas. Si siempre se hubiera guardado el sábado, los pensamientos y los afectos del hombre se hubieran dirigido a su Hacedor como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría existido ni un idólatra, ni un ateo ni un infiel (***La historia de la redención,* pp. 401, 402**).

Jueves 22 de septiembre:
Adora a Dios

El deber de adorar a Dios estriba en el hecho de que él es el Creador, y que a él todos los demás seres deben su existencia. Y cada vez que la Biblia presenta el derecho de Jehová a nuestra reverencia y adoración con preferencia a los dioses de los paganos, menciona las pruebas de su poder creador. "Todos los dioses de los pueblos son ídolos; mas Jehová hizo los cielos" (Salmo 96:5). "¿A quién pues me compararéis, para que yo sea como él"? dice el Santo. ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?" "Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo... ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!" (Isaías 40:25, 26; 45:18, V.M.).

Dice el salmista: "Reconoced que Jehová él es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos". "¡Venid, postrémonos, Y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!" (Salmo 100:3; 95:6, V.M.). Y los santos que adoran a Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: "¡Digno eres tú, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!" (Apocalipsis 4:11, V.M.).

En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta a los hombres a que adoren al Creador, y la profecía expone a la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos señala directamente a Dios como Creador. El cuarto precepto declara: "El séptimo día será Sábado a Jehová tu Dios... porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos

hay; y en el día séptimo reposó; por tanto Jehová bendijo el día del Sábado, y lo santificó" (Éxodo 20:10, 11, Versión Valera de la S.B.A.). Respecto al sábado, el Señor dice además, que será una señal... para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios" (Ezequiel 20: 20, Id.). Y la razón aducida es: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó" (Éxodo 31:17)...

Mientras el ser él nuestro Creador siga siendo motivo para que le adoremos, el sábado seguirá siendo señal conmemorativa de ello. Si el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos e inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido un idólatra, un ateo, o un incrédulo. La observancia del sábado es señal de lealtad al verdadero Dios, "que hizo el cielo **y** la tierra, **y** el mar **y** las fuentes de agua". Resulta pues que el mensaje que manda a los hombres adorar a Dios **y** guardar sus mandamientos, los ha de invitar especialmente a observar el cuarto mandamiento (***Exaltad a Jesús*, p. 45; *El conflicto de los siglos*, pp. 489-491**).

Viernes 23 de septiembre:
Para estudiar y meditar

***El conflicto de los siglos*, pp. 639-650; 661-670; 720-738.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática